



Justicia juvenil 101: la perspectiva de una madre

"La imagen es una fotografía que tomé en Londres fuera del Palacio de Westminster, donde se reúne el Parlamento. Para mí, representa la fortaleza y la determinación que se necesitan para seguir luchando por lo que es correcto y verdadero".

—autor anónimo de este artículo

Por ser madre adoptiva de un adulto joven con antecedentes de problemas de salud mental que estuvo involucrado en el sistema de justicia de menores de nuestro estado, he tenido que enfrentar muchos desafíos. Cuando mi hijo era más joven, yo podía navegar dentro del sistema de salud mental para conseguir lo que el niño necesitaba, ya fuera intervención en crisis, orientación de emergencia, ajustes de medicamentos o incluso hospitalización psiquiátrica y tratamiento residencial. Sin embargo, cuando su búsqueda de identidad como joven negro de 17 años que vivía en una comunidad principalmente blanca con trasfondos racistas ocultos lo llevó a las fauces del sistema de justicia de menores, me encontré con que se me habían cerrado todas las puertas para acce-

der al sistema de salud mental durante muchos meses.

Fue muy desconcertante darme cuenta de que en nuestro estado, que es el orgullo de muchos defensores de personas con necesidades especiales y vidas alternativas, el sistema de justicia de menores todavía está muy atrasado cuando se trata de ayudar a nuestros niños con problemas de salud mental. El área más grande de disfunción se produce durante la fase de detención. Arrestan a los chicos y notifican a los padres, pero estos no siempre se pueden comunicar de inmediato con sus hijos. Dejan a los chicos en celdas o camionetas de transporte durante largos períodos de tiempo, encadenados de pies y manos. Le prestan muy poca atención a las necesidades básicas, como agua y alimentos, sin mencionar el trauma psicológico de estar encerrado durante muchas horas en compañía de otros delincuentes adultos, a veces violentos.

Imagine que su hijo, que creció con TEPT por traumas tempranos y trastorno de ansiedad, problemas en el funcionamiento ejecutivo y depresión, ahora de alguna manera tiene que mantenerse cuerdo e indemne mientras enfrenta su primera exposición al interior de una celda, una camioneta cerrada y a estar constantemente privado de su libertad. Yo me sentía totalmente abrumada de solo imaginarme lo asustado que debía estar, cómo estaría percibiendo las cosas, cómo estaría reaccionando ante las personas y lo poco que probablemente estaría durmiendo. Por supuesto, estaba increíblemente enojada con él por sus malas decisiones, pero mi corazón también intentaba seguir siendo su madre y defensora. Sabía que todo el trabajo duro que habíamos hecho para que superara algunos de los traumas más

duros de su niñez ahora estaba en peligro. Sin profesionales de salud mental de confianza en ese lugar, se iba a derrumbar muy rápidamente.

Durante las primeras semanas que mi hijo estuvo detenido, estuvimos en un constante modo reactivo porque nos llegaba mucha información. Muchos médicos clínicos y directores de diferentes instalaciones nos informaron acerca de los apoyos que mi hijo recibiría. Le asignarían a alguien para garantizar que se pudiera comunicar con su abogado y con nosotros, pero no le brindarían orientación ni terapia. Lo transfirieron de un programa a otro por distintas cuestiones, algunas de las cuales estaban bajo su control (discutir con sus pares) y otras nada en lo absoluto (problemas de escasez de personal, cierre de programas por desempeño inapropiado del personal). Cada vez que lo veía, notaba que se cerraba cada vez más, tenía un comportamiento errático y más dificultades para pensar y procesar. Conducía durante horas para verlo durante períodos breves, a sabiendas de que lo registrarían sin ropa todas las ocasiones. En mis interacciones limitadas con el personal clínico, noté que la mayoría prácticamente no conocía a mi hijo. Se requirieron esfuerzos sobrehumanos y un mensaje casual a un amigo con conexiones para conseguir un poco de orientación informal para él únicamente para mantenerlo a flote durante ese tiempo. Pasaron nueve meses hasta que las cosas mejoraron... Finalmente, lo condenaron y lo recluyeron en el Departamento de Servicios Juveniles hasta que cumplió 21 años.

Una vez recluido, se le brindó orientación de salud mental terapéutica y empecé a ver una mejoría gradual en la afección de salud mental de mi hijo. Sin embargo, el

daño ya estaba hecho. Cuando finalmente regresó a casa, vimos a un joven muy estresado y cambiado con tendencia a arrebatos de ira extrema y una incapacidad de aceptar que las personas estaban para apoyarlo. El TEPT había ganado terreno. El trastorno reactivo de la vinculación, que se había estado acumulando bajo la superficie por años, se había puesto totalmente de manifiesto.

Me quedo pensando, en esta etapa precaria en el juego, si nuestro hijo alguna vez se recuperará completamente de sus experiencias. Admitió sus errores y tiene que vivir con las consecuencias legales de sus acciones, pero creo que su mente está devastada por los recuerdos constantes de las cosas que le pasaron mientras estaba detrás de las rejas de nuestro sistema de justicia de menores. Vivimos en una montaña rusa de cambios de humor e ira. Me pregunto si algo de esto se podría haber evitado si se hubieran enfocado más en asignarle un médico clínico capacitado para hacer terapia con cada joven ni bien ingresan al sistema, en lugar de esperar a que las ruedas oxidadas e inconsistentes de la justicia expulsan las mentes destrozadas de nuestros niños. ¿Podría esto reducir los índices de reincidencia? ¿Podría esto mejorar los comportamientos de un número mayor de individuos encarcelados mientras esperan su turno? ¿Podría esto evitar que más hogares estén bajo tensión cuando los hijos regresan?

A pesar de todo lo que experimentó, sigue luchando por ser una mejor persona. Recientemente, nuestro hijo fue designado por el gobernador para la Junta de Asesoría de Justicia de Menores. Esperamos que sus experiencias personales ayuden a muchos otros con el correr del tiempo.

AUTOR

[madre anónima] es madre adoptiva, fotógrafa y exmaestra de educación especial que ahora brinda consultoría a otras familias y profesionales sobre temas como educación especial, crianza, trastorno reactivo de la vinculación y problemas de salud mental.



"Me pregunto si algo de esto se podría haber evitado si se hubieran enfocado más en asignarle un médico clínico capacitado para hacer terapia con cada joven ni bien ingresan al sistema, en lugar de esperar a que las ruedas oxidadas e inconsistentes de la justicia expulsan las mentes destrozadas de nuestros niños".